EL CONFLICTO ENTRE LAS DISCIPLINAS

POR

NELLY RICHARD

Revista de Crítica Cultural

Híbridez y nomadismo son dos de las categorías flexibles de las que se sirve la transdisciplinariedad para defender su proyecto de cruces de las fronteras de los campos de estudios. No podemos sino estar de acuerdo con ese deseo de traspasar el rígido marco de la especialización y departamentalización académicas, para incorporar a la escena del conocimiento prácticas heterogéneas que desborden y subviertan el purismo conservador que reclama la integridad del corpus, tal como aún quiere preservarla una cierta tradición de autoridad y jerarquía universitarias.

Debemos seguir insistiendo en este gesto de *no-clausura* pero creo que, a la vez, debemos comenzar a sospechar de una cierta confianza ingenua en que la transdisciplinariedad es la adecuada respuesta de los tiempos posmodernos de la globalización a la crisis del conocimiento moderno o bien de que dicha transdisciplinariedad es garantía en sí misma de una renovación de la crítica académica.

Varios autores han colocado bajo sospecha un cierto gesto de los estudios culturales que, en nombre de la transdisciplinariedad, propicia una mezcla desinhibida de técnicas, procedimientos, estilos, teorías y métodos cuya suma integradora parece contar con la total disponibilidad a la reconversión de cada préstamo disciplinario, sin limitaciones de contextos ni de operaciones. Esta tendencia a la “ilimitación” nos conduce, para retomar una frase de W. Thayer, a “la obscenidad de todos los caminos abiertos”.¹ Un devorador principio de anexiones y conexiones pragmáticas destinado a “optimizar las actuaciones

¹ Dice W. Thayer, en relación a esto mismo: “la operación eminentemente descanonizante de los estudios culturales, operación que recae reflexivamente sobre su propio territorio mediante la incorporación indefinida en su curriculum de nuevos aparatos analíticos: la operación potencialmente desaturatizante y desjerarquizante de los estudios culturales en la multiplicidad de sus eventos y casos, se abre prospectivamente tan ilimitada como lo que se denomina capitalismo flexible. De modo que el campo prospectivamente infinito de los estudios culturales podría hacer las veces de un minilaboratorio para un pensamiento de la globalización. ¿Qué podría quedar afuera de los estudios culturales, o de la globalización? ¿Existirá para ellos una frontera, una muerte? ¿Existe una frontera respecto de lo que proyectivamente, en la pluralidad de sus eventos, no podría fijar estrictamente un límite, y en cuya planicie expansiva la academia se promete en su fase más devoradora como inverosimilitud flexible?” (60).

del saber, su eficacia”² decide mezclar todo con todo, incluso fragmentos de sistemas de conocimiento a veces enemistados entre sí por el hecho de representar afiliaciones político-intelectuales contrarias. Segmentariedad del conocimiento, interseccionalidad de las teorías: un cierto ejercicio de la transdisciplinariedad en los estudios culturales parece funcionar muy acorde con el mercado flexible de la diversidad que promueve la máquina neocapitalista. Al ensamblar el *localismo del fragmento* y el *pluralismo de lo híbrido* en una nueva *performatividad de lo combinatorio*, los estudios culturales reconvierten teorías y conocimientos en una suma tan discontinua como abarcadora, sin preguntarse demasiado por las desavenencias de estilos que harían incompatibles —en valor y densidad— muchos de los saberes llamados a converger fluidamente en el encuentro.

¿Qué habría de especialmente problemático en este modelo de hibridación del conocimiento? Quizás la complicidad de lenguajes entre la combinación flexible de saberes parciales que justifican sus recortes en términos puramente operatorios y el productivismo de mercado que también demanda multiplicidad y diversificación para abastecer las máquinas de reciclaje de la globalización. Lo problemático sería esta precisa complicidad de lenguajes entre la *operatoriedad de los saberes* y el *productivismo del mercado* con el que funcionan las gramáticas neoliberales.

Oponiéndose a cierto facilismo del juego transdisciplinario tal como lo academiza la versión norteamericana de los estudios culturales, W. Rowe dice: “la crítica literaria, la antropología, el análisis de los discursos, la historiografía, la sociología, cada una propone diferentes lecturas que recortan el espacio social de modos diferentes y *no pueden reconciliarse por simple añadidura*. El crítico cultural se encuentra sujeto a determinadas legitimaciones y deslegitimaciones que en parte surgen de las tradiciones de recepción de la materia estudiada, y en parte, de los lugares/instituciones disponibles dentro del tejido social de la comunicación para una actividad de crítica cultural” (26, el subrayado es mío). La acotación me parece importante. La hibridez transdisciplinaria nos ha enseñado a valorar la frontera entre campos de estudios como motivo y oportunidad de una travesía que reúne y mezcla, que fusiona los conocimientos en una amalgama funcional a la diversificación de los objetos de estudios. Es cierto que, bajo el pretexto de los estudios culturales, se han estimulado diálogos entre series disciplinarias tradicionalmente incomunicadas entre sí. Y es cierto también que estos diálogos alimentan una productividad de intercambios profesionales (que van más allá del simple ensamblaje de conocimientos) tal como podemos apreciarlo en el buen funcionamiento de algunos grupos de estudios latinoamericanos. Pero el hecho de beneficiarnos de esta mayor fluidez de intercambios profesionales no debería impedir que prestáramos también atención a la otra cara del

² Recordemos que el diagnóstico que realiza J. F. Lyotard en su libro, *La condición postmoderna*, describe rasgos luego exacerbados por cierto tipo de estudios culturales. Lyotard dice: “La jerarquía especulativa de los conocimientos deja lugar a una red inmanente y por así decir ‘plana’ de investigaciones cuyas fronteras respectivas no dejan de desplazarse [...] Si la investigación debe asegurar no sólo la reproducción de competencias sino su progreso [...] sería preciso, en consecuencia, que la transmisión del saber [...] implicara el aprendizaje de todos los procedimientos capaces de mejorar la capacidad de conectar campos que la organización tradicional de los saberes aísla con celo” (35-96).

límite: aquella que exhibe incomodidad, tirantez e incluso crispación. El límite funciona también como zona de tensionalidad crítica: de resistencia entre bordes disciplinarios que se irritan y se molestan, que se provocan mutuamente debido a los conflictos de autoridad, de lenguaje y posición, que enfrentan las disciplinas unas a otras en el campo de fuerzas de la valoración simbólica e institucional del saber.

No todas las disciplinas gozan de los mismos créditos de legitimidad y privilegios sociales ni son avaladas por los mismos coeficientes de poder. En el paisaje hipertecnificado de hoy, los saberes científico-investigativos que pertenecen al mundo del conocimiento experto gozan de mayor reconocimiento profesional que, por ejemplo, el ensayismo crítico-cultural que comparte con el arte y las humanidades el signo de lo inutilitario. Esta constatación justifica la insistencia de Beatriz Sarlo en “la idea de [que] una cultura humanística puede ser defendida como necesidad y no como lujo de la civilización científico-técnica” (196). Sabiendo bien que la relación entre formaciones de conocimiento y jerarquías disciplinarias obedece siempre a una violencia implícita, no tenemos porqué pensar que las asimetrías y desigualdades entre lo científico-social y lo humanístico deban ser vividas apaciblemente. Me parece importante, incluso, rescatar el vitalismo crítico de la fuerza de provocación intelectual que surge de los choques e impugnaciones que oponen entre sí a distintas economías de poder/saber. Prefiero la energía crítica de estos choques a su neutralización bajo la intermediación feliz de una traducción y combinación perfectas entre saberes que convergen en una misma tendencia a converger en lo útil. Más que borrar las disonancias o contrariedades entre ellos, se trataría de exhibir el coeficiente de indisposición y de oposición con que ciertos modos de pensamiento se niegan a entrar en la practicidad de la suma que cultiva relajadamente el pluralismo transdisciplinario.

Podría ilustrar esto remitiéndome a la escena chilena de los años de la Transición. La Transición fue diseñada como el artefacto político-institucional que forjó una pragmática del acuerdo entre redemocratización política y neoliberalismo económico. Dicha pragmática estuvo regida por el consenso que dejó fuera de su molde de la reconciliación los residuos más atormentados de la memoria de la posdictadura. El diseño organizacional de la Transición estuvo principalmente a cargo de un sociologismo administrativo cuyos vocabularios profesionales entraron en complicidad —numeraria, funcionaria— con los reordenamientos tecnificados de lo social. Leer críticamente la posdictadura requiere fijarse en lo que reprimen estos saberes operacionales y directivos de la “gobernabilidad”:³ en el desarme de una palabra herida, en sus simbolizaciones difusas y sus narrativas quebradas. Leer críticamente la posdictadura significó fijar la mirada en lo que no calza con la racionalidad exitosa del pacto transicional que ciertas disciplinas se encargaron de componer y de justificar bajo una sensata (pero también normalizadora) lógica de ajustes.

³ Para I. Avelar, la palabra “gobernabilidad” resume mejor que cualquier otra “el rol de las ciencias sociales en la legitimación de la transición epocal” guiada por la ecuación entre “libertad política para el pueblo y libertad económica para el capital, como si la primera dependiera de la segunda”. Agrega Avelar: “la gobernabilidad es un problema que, por definición, suele ocupar a los vencedores. Para los vencidos no hace falta decir que la cuestión de la gobernabilidad no se plantea. Desde el punto de vista de los vencidos, en el concepto mismo se vislumbra una complicidad irrevocable con los vencedores” (219).

Tal mirada no podía sino entrar en disputa con los arreglos del sociologismo oficial, con sus ordenamientos de saber competentes y ejecutivos que relegaron como desperdicio todo aquello que hablaba de perforaciones de la memoria: de las fallas y lapsus de cuerpos y representaciones dañadas que se sienten completamente ajenos al idioma liso de los recuentos oficiales que numeran y enumeran los éxitos del Chile bien administrado.

Con este ejemplo, me interesa reivindicar primero la absoluta necesidad de remitir cada reflexión sobre disciplinariedad y transdisciplinariedad a los campos académico-intelectuales en los que se diseñan los proyectos de crítica de las disciplinas para evaluar los respectivos modos en que los saberes deciden reafirmar o impugnar sus tradiciones locales, realizar ciertos gestos de delimitación o de intersección disciplinarias, ya que dichos gestos sólo cobran sentido político en función de las dinámicas de fuerzas y los puntos de fuga que se trazan entre lo institucionalizado y sus otros. La relación entre lo académicamente sedimentado y lo irruptivo, entre lo universitariamente consolidado y lo disruptivo, toma a veces el aspecto de la disputa (ya muy repertoriada) entre los “estudios literarios” y los “estudios culturales”, pero puede también adoptar formas mucho menos reconocibles. Sólo podrá realizarse la potencia crítica de ciertas alteraciones disciplinarias, habiéndose identificado localmente cuáles son los bloques de poder a fisurar para experimentar, en sus brechas, el diseño de formas contrahegemónicas. Lamentablemente, la abstracción generalizante del latinoamericanismo (y sus clasificaciones de estudios operadas desde Estados Unidos) suele borrar el detalle y la materialidad operativa de ciertas infracciones a la razón universitaria que realizan su crítica de las disciplinas como una *crítica en acción y en situación*, es decir, necesariamente imbricada en el funcionamiento práctico de una estructura local. También debería revisarse el rótulo de “estudios culturales latinoamericanos” bajo el cual se busca ahora estandarizar cualquier proyecto transdisciplinario. Un proyecto de crítica de las disciplinas puede elegir llamarse, en algunos casos, “estudios culturales” pero, en otros, ocupa el nombre de la “crítica cultural”, de los “estudios de género” o bien de la “crítica feminista”, para desorganizar con fuerza transgresiva lo académicamente instituido. Es así como ocurre en Chile donde, por lo demás, los estudios culturales son casi inexistentes y donde, por lo mismo, resulta completamente extemporánea una de las preguntas que organizan la discusión de esta mesa: la de saber sobre “si los estudios culturales han llegado a su fin”.⁴

Pareciera que el modelo predominante de estudios culturales latinoamericanos que se visualiza desde Estados Unidos, es el que define Beverley como “una especie de ‘correa de transmisión’ entre la sociedad civil, el estado, las corporaciones transnacionales, las ONGs y fundaciones y la academia” (501): un modelo más bien orientado hacia investigaciones sobre políticas culturales para las cuales la cultura funciona, en palabras de Yúdice, ya no como “un arma ideológica” sino como “un recurso expeditivo”: un recurso que debe ser “administrado y gerenciado” (18) dentro de la misma lógica operatoria que rige la economía de la globalización. Ese modelo de estudios culturales, que funciona como un modelo de intermediación entre los campos del saber universitario y de la acción pública, ya ha demostrado su eficacia a la hora de cruzar la cultura con el

⁴ Esta era una de las preguntas que nos fue sugerida como eje de reflexión para la mesa del Congreso de LASA en la que fue presentada esta intervención.

mercado y la academia con las fundaciones o los ministerios. Reconocer, por un lado, esta eficacia no debería impedir que, por otro, incorporemos al debate sobre los estudios culturales la voz discrepante de quienes ven en ellos el síntoma adecuacionista de una fusión demasiado exitosa entre “globalización, posmodernismo y neoliberalismo”.⁵ Hay una versión demasiado burocratizada de los estudios culturales que persigue una ecuación satisfecha entre la gobernabilidad de la política, la administratividad de lo social, la maniobrabilidad de lo cultural, la aplicabilidad de los saberes: todo esto cruzado por un deseo de traducibilidad de las diferencias a un liso sistema de intercambios donde el registro práctico de la transacción y de la negociación prevalecen sobre el registro teórico-crítico del conflicto y del antagonismo.

Es necesario interrogar el estatuto del nuevo saber transdisciplinario que agencia esta versión burocratizada de los estudios culturales y sus equivalencias programadas entre la tecnicidad del mercado, el saber operacional, la industria universitaria y la economía de la globalización. Y es necesario también instalar la pregunta de cómo reintroducir, en este paisaje saturado de instrumentalidad, las dimensiones trágicas, contestatarias y utópicas del pensar. Decir “pensar” no es lo mismo que decir “saber” o “conocer”, ya que no se trata simplemente de multiplicar los objetos cognoscibles (en un trayecto que va del poema o de la novela a la serial de televisión) ni tampoco de alternar racionalidades disciplinarias para dotar a cada objeto de más de una clave de explicación, negociando distintas cuotas de intelegibilidad. Decir “pensar” es reintroducir el desgarramiento crítico de una relación entre la subjetividad y el nombrar las cosas que no se complace en el orden de lo explicativo, que se vive a sí misma como desajustada.

Podría decirse que, con los estudios culturales, el saber universitario ha ganado en progresismo pero que ha perdido en densidad teórica y también en sutileza intelectual, además de quedar sumergido bajo una alarmante pobreza de estilos. A los estudios culturales les hace falta rescatar una dimensión crítico-estética de la cultura, aunque esta dimensión ya no coincide tampoco con el recorte auratizado de lo “literario”: una dimensión que siga comprometida con las operaciones de riesgo mediante las cuales cada práctica estética o cultural decide a partir de sus batallas la forma para subvertir los pactos de entendimiento oficial con nuevas maneras de ser, de ver y de leer. Esta dimensión transgrede la economía de la función que busca traducir lo cultural a “datos” y que pretende reservar a cada dato un destino práctico, de acuerdo a una versión de los estudios culturales demasiado interesada en administrar las utilidades del saber competente.

Se dice frecuentemente que una de las condiciones de diferenciación del trabajo de la crítica y de los estudios de la cultura en América Latina, en comparación con el que se realiza en Estados Unidos, tiene que ver con la mayor porosidad de fronteras y movilidad de tránsitos entre la universidad y sus afueras. Fuera de la labor propiamente académica, hay una diversidad de escenas que le puede significar a los críticos latinoamericanos realizar varias formas de micro-activismo cultural que, si así lo quieren, los ponen en contacto vivo con la trama de intervenciones contingentes del debate público. Que exista esta movilidad de escenarios le permite a la crítica ensayar distintos lenguajes e inclinaciones

⁵ La expresión es de R. de La Campa (149).

de voz para hablar “desde distintos espacios institucionales e [...] interpelando a diversos públicos” (Montaldo 6). Pero a la vez transitar por estos espacios (salirse del protegido universo de la exclusiva profesionalización académica) pone vitalmente en cuestión el tema de la “crítica de oposición”.⁶ ¿Cómo formular hoy una “crítica de oposición” que se desmarque de los condicionamientos de la época? ¿Podrá criticarse radicalmente la transparente obscenidad del capital si la lengua que escribe esa crítica (si los arreglos de saberes en los que se basa) es coincidente con la sintaxis del mercado en su operacionalidad y calculabilidad? ¿Cómo hacerlo para criticar no sólo los *modos de ser* sino también las *formas de decir* de la hegemonía neoliberal, ya que no basta con criticar -con lucidez progresista- las imperfecciones de la democracia, los abusos de la globalización, las injusticias del mercado, para que la crítica hable un idioma irreconciliable con la lengua que modela esa hegemonía? ¿Cómo distanciarse del mercado informativo (y de sus plantillas comunicacionales) con que la globalización capitalista diagnostica y resuelve sus problemas en el lenguaje expedito de los informes y de las comisiones? Es decir, ¿cómo introducir la complejidad resistente de una palabra y otra, una palabra *densa* y *tensa*? ¿Cómo demorarse en la textura enunciativa de esa palabra crítica sin que ella pierda su filo denunciante?

Estas tensiones, que son constitutivas de aquel ensayismo cultural que comparte la dimensión de lo *crítico-reflexivo* y de lo *político-intelectual*, no se resuelven bajo la fórmula positivizada de los estudios culturales como simple anexión y conexión de saberes ya probados que se reúnen bajo consignas de rentabilidad académica vía la productivización del conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Avelar, Idelber. “Pensamiento postdictatorial y caída en la inmanencia”. *Dialectos en transición; política y subjetividad en el Chile actual*. Mauro Salazar y Miguel Valderrama, eds. Santiago: Arcis-Lom, 2000.
- Beverley, John. “Postscriptum”. *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Mabel Moraña ed. Pittsburgh/Santiago: IILI-Cuarto Propio, 2000.
- Bové, Paul. *En la estela de la teoría*. Madrid: Cátedra, 1992.
- De la Campa, Román. *Latinamericanism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- Lyotard, Jean François. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1986.
- Montaldo, Graciela. *Intelectuales y artistas en la sociedad civil argentina en el fin de siglo*. Working Paper 4. The University of Maryland, 1999.
- Rowe, William. *Hacia una poética radical. Ensayos de hermenéutica cultural*. Rosario: Beatriz Viterbo Editoras, 1996.
- Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida postmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en Argentina*. Buenos Aires: Ariel, 1994.

⁶ Empleo este término en el sentido que le da P. Bové (1992).

- Thayer, Willy. "Tercer espacio e ilimitación capitalista". *Revista de Crítica Cultural* 18 (1999): 58-60.
- Yúdice, George. "La globalización y el expediente de la cultura". *Relea* 10 (2000): 15-43.